

a ninguno de estos les interesaba el distrito como al Conde, que era lo suyo y a ninguno dolerían los desdenes como a él, por ser cuña de la misma madera.

La Condesa era vasca y le apetecían más las almejas a la marinera que las migas de pastor, cosa que a D. Ramón le gustaba en caldero y comidas con uvas a la interperie, alguna vez al año, pero a pesar de todo vivía en la calle Leganitos, que sería casual, pero está más cerca de la Estación del Norte que de la del Mediodía. D.^a Luisa Manso y Pérez de Tafalla, La Condesa, era nieta del famoso guerrillero catalán José Manso y descendiente por línea materna del ilustre marino vasco, Blas de Lezo, el héroe de Cartagena de Indias y la casa de la calle de Leganitos, no obstante la gran pendiente hacia la Estación del Norte, estuvo siempre abierta a todos los manchegos para remediarlos en sus necesidades y dió posada a numerosos peregrinos.

Por último, Miguelito González, ricachón de Herencia y por herencia, muy metido siempre en el ajo electoral y que murió muy joven, de un cólico cerrado que le dió en una quintería, pese a los buenos oficios del bondadoso D. José Ortiz de la Torre, célebre cirujano de Madrid al que conocí trabajando y que vino a verlo. Era D. José santanderino, pero de aire oriental, estatura media y barba rala, muy competente, que gozó de gran prestigio, pero que, como es corriente en los cirujanos, no dejó a la posteridad más que el ejemplo recogido por sus discípulos. Una sutura de corazón, con salvación del muchacho herido, le dió una celebridad mundial, pues solo otro cirujano alemán se había atrevido a realizarla, que así se consideraba de intangible por entonces esta noble víscera. E igual pasó con D. Fermín Aranda, en Jerez de la Frontera, que extrajo un cuerpo extraño enclavado en el miocardio y sus barbas apostólicas dieron la vuelta al mundo y hasta tuvo que ir a París invitado para admirar al hombre que tuvo esa decisión. Muchos cirujanos más, héroes a la fuerza, impulsados por el deber de conciencia, se habrán visto precisados a realizar hazañas semejantes, pero por no soportarlas los enfermos, no trascendieron, porque la humanidad marcha, como decía Maura, a la zaga de las carrozas triunfales.

De pie está, en el centro, con pelambre fosca y grandes bigotetes D. Maximino Cuadra, Secretario del Ayuntamiento de Críptana, único superviviente de la reunión, que no ha logrado recordar al que tiene a su derecha, que es el no identificado, pero se acuerda de que la foto se hizo cuando las elecciones de Moya, al que vencieron, -los del Conde, claro- en toda la línea, dice Cuadra. A su izquierda está D. José María Ortiz Olmedo, abogado, de Críptana, que pudo hacer carrera política porque tenía condiciones, pero que le faltó eso que llaman estómago y se agarró a la pluma y al estudio después de estar en el bufete de Silvela y se hizo un gran periodista y tratadista de temas de derecho y literarios.

No serán pocos los que se sorprendan de este conjunto fotográfico pero es innegable y ahí está y por lo que dice Cuadra, el resultado de los acuerdos, de cuya satisfacción es demostración patente el retrato, puede colegirse que fue el triunfo rotundo de unos y la derrota plena de otros, es decir que la alegría de la conjunción fue fugaz, que así son de efímeras las cosas de la vida.